

Carlos Uribe Celis

La gran «Colombia»  
de Bolívar en Angostura

Historia y perspectivas (1819-2019)

**icono •**

## CONTENIDO

Prólogo	9
<b>Capítulo 1.</b> La «República de Colombia»	13
Bolívar sueña con una nación de verdad	15
Bolívar cumple su sueño	44
El sueño se deshace, pero...	56
<b>Capítulo 2.</b> Reintegración y reordenamiento territorial de la nación suramericana	61
Nacionalidades, historia y geopolítica	63
El primer panamericanismo	66
Los regionalismos de los caciques locales	70
La geopolítica del simulacro	72
El chovinismo	74
Libre comercio, sí. Libre circulación, no	76
La tierra sube de precio	79
La realidad de América Latina	81
La geopolítica de Suramérica	87
La utopía del Círculo Norte	90

<b>Capítulo 3. El futuro anterior</b>	101
La reunificación de Colombia, Venezuela y Ecuador al tenor de la utopía bolivariana	103
Significación geopolítica y ventajas de la unión	108
Más allá del tratadismo comercial	110
El mundo entre la segregación y la unificación	118
Voluntad política y conciencia geopolítica	121
Soberanía, respeto, libertad	123
Una estructura federal de gobierno	126
Referencias	131

## PRÓLOGO

El presente libro contiene tres textos escritos en diferentes momentos en los últimos años. El primero es una historia de la idea de unir Nueva Granada, Venezuela y Quito (hoy Ecuador) en una gran nación que el genio del Libertador se propuso y logró, si bien efímeramente\*. El segundo es una reflexión geopolítica sobre las tres áreas componentes del subcontinente suramericano, como aquí las concebimos y exponemos. El tercero es una invitación a repensar —reeditar— la genialidad geopolítica de Bolívar. A los tres textos subyace un mismo propósito y en realidad pueden considerarse variaciones sobre un mismo tema, aunque sus enfoques son diferentes y abordan perfiles distintos del mismo objeto.

Este año de 2019 —el 17 de diciembre— celebramos 200 años de la Independencia de la Nueva Granada (hoy Colombia), pero también —y tal es el tema de este libro— son 200 años de lo que Bolívar consideró la única intensión de su vida: «La

---

\* Una versión previa de este capítulo apareció en la revista *Análisis*. Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2013, 83, pp. 323-344.

formación de la república libre e independiente de Colombia». Esta bolivariana «República de Colombia» es la unión de tres provincias del Imperio español en trance de desaparición: Nueva Granada, Venezuela y Quito (hoy Ecuador). Con el tiempo, esta unidad fue llamada «Gran Colombia», pero de algún modo este nombre es espurio, pues Bolívar nunca se refirió en esos términos a su creación política. Exactamente la fecha de la fundación de la nación tripartita fue el 17 de diciembre de 1819 en la ciudad de Angostura del Orinoco. Justo once años después, el 17 de diciembre de 1830, Bolívar moría en la quinta de San Pedro Alejandrino de Santa Marta. ¡Paradojas de la existencia!

Este libro está escrito para llamar la atención sobre la grandeza de la creación bolivariana a que aludimos y para plantear con arrojo y valor, con seguridad y fe, llenos de motivos y razones, que al día de hoy el sueño hecho realidad —la utopía— del Libertador Simón Bolívar puede y debe tener una segunda oportunidad entre quienes estamos absolutamente concernidos: los ciudadanos de Ecuador, Venezuela y Colombia. Se trata de una revolución geopolítica. Nadie —o casi nadie— cree en lo que viene a ofrecer una revolución, pero es justamente por eso que al producto le damos ese nombre. Lo que estamos formulando en estos textos es un

llamado a la conciencia política en un momento especial del curso general de la historia, el momento actual. Nada en la historia es producto de la generación espontánea. Todo tiene un comienzo y un proceso. Aquí encontrará el lector una invitación a dar un primer paso.

CAPÍTULO 1

---

LA «REPÚBLICA DE COLOMBIA»  
DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

*Bolívar concebía la revolución  
como una lucha por la independencia  
y la independencia como la creación  
de una nación.*

—JOHN LYNCH

## **Bolívar sueña con una nación de verdad**

En el año 2010 se celebra el bicentenario de las independencias hispanoamericanas. Se supone que los países que existen hoy son los que siempre fueron y los que deben ser. Pero la idea de independencia del Libertador Simón Bolívar lo llevó no solo a poner su dama sobre escaques predeterminados en el ajedrez continental, sino que comprendió que esa independencia solo era viable a partir de *naciones de verdad* que impusieran respeto en el contexto político mundial. Y así Bolívar no solo se ocupó de independizar repúblicas, sino que las fundó. Este ensayo ilustra sobre el desarrollo, breve como por desgracia vino a ser, de una de estas naciones.

\* \* \*

Era 1813, año feliz y glorioso para Bolívar, y en que casi de la nada, habiendo sacado un ejército de la Nueva Granada, entró por Cúcuta a Venezuela en medio de la así llamada «Campaña Admirable». Allí cobró sus primeras victorias. Allí derrotó, o puso en fuga, el ejército del encopetado general canario y realista Domingo Monteverde. Y así, para impensable remate de una cadena de audacias y por favor de la fortuna, consiguió Bolívar entrar a Caracas, cubierto

de gloria militar y política por primera vez, el 6 de agosto de 1813. En ese preciso año «admirable», también otro «libertador» venezolano, Santiago Mariño, logró posesionarse casi tan heroicamente como Bolívar en el oriente del país, es decir, en la provincia de Cumaná, Tierra Firme, como entonces se decía, allá abajo y al frente, mediando el mar, de los territorios isleños de Margarita y Trinidad.

No se había, ni mucho menos, consolidado la presencia, la estatura histórica, el prestigio militar ni político, la fama guerrera en suma, de Simón Bolívar. Todo empezaba entonces. Todo era inesperado y sorprendente. Bolívar por el occidente y Mariño por el oriente eran tan accidentales, tan «emergentes», tan advenedizos como cualquier pirata de los que infestaban los mares antillanos cuando caían como langostas pestíferas sobre las costas de Tierra Firme<sup>1</sup>.

La gesta de la Independencia del norte de Suramérica fue en gran medida una empresa de aven-

---

<sup>1</sup> «Tierra firme» es obviamente el continente para un marino, y para los descubridores o sus sucesores toda la América continental era «tierra firme». Sin embargo, en los siglos XVIII y XIX «Tierra firme», con mayúsculas, era el nombre alterno que se daba a Venezuela, porque tantos territorios isleños del Caribe en manos de europeos diversos como Cuarazao, Trinidad, Granada, Aruba, Barbados, Puerto Rico, etc., se desenvuelven en la medialuna antillana justo encima de Venezuela.

tureros. Se trataba de asaltar la debilidad de la estructura imperial española tanto en el mar contra los barcos que transportaban el tesoro de las Indias (y en esto Inglaterra era *il capo di capi*) como en contra de la tierra firme, donde nativos y extranjeros se aventuraban a la vez, pero los primeros tenían más probabilidad de triunfo, pues, al cabo, para ellos la tierra era su elemento, al revés de lo que pasaba con los hombres del mar. Por tanto, Santiago Mariño, un carismático joven aristócrata de adscripción masónica nacido en el archipiélago de Margarita en 1778 y con tanto coraje y utopías como Bolívar, aunque con menos visión que él, aspiraba a convertirse en el dueño de estos territorios liberados. En un sentido importante, en 1813 la ventaja de Bolívar sobre Mariño era escasa, aunque Bolívar, admitámoslo, se había hecho a Caracas, la capital y, así, se alzaba con la joya de la Corona en el contexto de la carrera independentista venezolana.

Mariño, pues, consciente de su indiscutible poder temporal, propuso a Bolívar, en medio de la contrarrevolución que siguió a agosto de 1813, que partieran a Venezuela en dos mitades: la Venezuela del occidente, que sería para Bolívar, y la Venezuela de oriente, que Mariño se apropiaría. La respuesta de Bolívar en carta «Al ciudadano general en jefe de Oriente, Santiago Mariño» (16 de diciembre de

1813) no pudo ser más explícita, firme y contundente:

*Si constituimos dos poderes independientes, uno en el Oriente y otro en el Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales, y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida [...] Divididos seremos más débiles y menos respetados por nuestros enemigos y por los países neutrales. La unión bajo un solo gobierno nos fortalecerá y será productiva para todos [énfasis añadido]. (Bolívar, *Carta a Mariño*, dic. 16 de 1813, en Lecuna, 1978, tomo I, p. 77)*

Significativamente, en 1822 la película se repetía en un escenario bien distinto. Bolívar tornó a decir entonces ya no con Venezuela, sino con su «Colombia», ahora constituida, en la mira. El tono es, sin duda, más sombrío y el dejo, más cáustico:

tenemos dos y medio millones de habitantes derramados en un dilatado desierto [se refiere a la Colombia bolivariana]... una parte es salvaje, la otra esclava, los más son enemigos entre sí y todos viciados por la superstición y el despotismo. Hermoso contraste para oponerse a todas las naciones de la

tierra! Esta es nuestra situación! Esta es Colombia, y después la quieren dividir. (Bolívar, *en* Lecuna, 1978, tomo II, pp. 114-115)

Y en el centro de esa obsesión por una patria respetable que lo lleva a romper lanzas por la indivisibilidad de Venezuela —y luego la de «Colombia»— se encierra exactamente el motivo que llevó a Bolívar a unir territorios que la administración española o la reciente aventura independentista habían seccionado por razones de burocracia estatal o que querrán ser destazados por obra de la ambición narcisista de los caudillos nativos.

¿Cuáles eran esas grandes piezas del rompecabezas del Imperio? Solo unas pocas: el Virreinato del Río de La Plata (o de Buenos Aires), el Virreinato del Perú, el Virreinato de Nueva Granada y el Virreinato de México (o de Nueva España). Tales eran los importantes. Sumábase a esto, de manera ciertamente secundaria y subalterna, las gobernaciones (o capitanías) de Cuba, Florida, Guatemala y Chile. Lo que hoy llamamos Centroamérica, esa lengua de tierra entre México y Nueva Granada (distinguida entonces como Capitanía de Guatemala) era un espacio que se dejaba al cuidado del virrey de México y, en parte, más que todo la porción antillana sur (la actual Panamá y Nicaragua), a la atención del

virrey de Nueva Granada, cuya principal plaza no era Santafé sino Cartagena, la fortaleza negrera más apreciada del Imperio. En cuanto a La Florida cayó en manos de los Estados Unidos, la joven y pujante República del Norte, pronto en el siglo XIX. Por su parte, Puerto Rico y Santo Domingo entraban solo como apéndices en la órbita administrativa de Cuba.

En suma, el Imperio estaba compuesto por cuatro grandes países y unos territorios exiguos continentales o isleños de mayor o menor valor estratégico, pero de secundaria entidad administrativa. En ningún caso, pues, se trató de los diecisiete países —¡más bien paisitos!, digámoslo— de que habría hablado el abate Dominique de Pradt, según cita Bolívar, no sin cierta pretensión erudita y pomposa, en *La carta de Jamaica*<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> «M. de Pradt —escribe Bolívar en *La carta de Jamaica*— ha dividido sabiamente la América en quince a diecisiete Estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto a lo primero, pues la América comporta la creación de diecisiete naciones» (Bolívar, S., 1976. *Doctrina del Libertador*. Los Ruices Sur, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, p. 68). Estos Estados de que habla aquí Bolívar son extensiones geográficas, que desde el punto de vista de un europeo, como *monsieur* de Pradt, podrían albergar naciones, al modo de la división geopolítica europea. Pero mucho va de Europa a América y es claro que Bolívar, en la misma *Carta de Jamaica* y en el curso todo de su vida política, piensa de manera muy diferente, como se hará patente en este ensayo. M. de Pradt (1759-1805) es el belga Dominique